

"HAMLET" Una Experiencia de
Aprendizaje: Alberto Vega

"... Dichosos aquellos cuyas pasiones y juicio están tan bien equilibrados que no son entre los dedos de la fortuna una flauta que suena al son que a ella le agrada. ¡Dadme el hombre que no sea esclavo de sus pasiones y yo lo pondré en el centro de mi corazón; sí, en el corazón de mi corazón como te tengo a tí;".

.....

Cuando supe, en el mes de Enero del presente año, que participaría como actor en el montaje que el Teatro de la Universidad Católica haría de la obra "Hamlet" de William Shakespeare decidí, después de la gran alegría y excitación inicial, ponerme en campaña para jugar de la mejor manera que fuera capaz en esta enorme empresa. Sentí que la obra era algo gigantesco que nos pasaría a llevar. Pensaba en ese entonces que tendría que leer, sino todos, los principales estudios de interpretación que sobre esta obra se han escrito, para acercarme con alguna propiedad al gran autor y llegar al mes de Marzo en que comenzarían los ensayos con alguna idea clara. La verdad es que estaba bastante confundido y me estaba olvidando, sin darme cuenta, de lo más cercano y simple: leer la obra.

"... los estudios nos pueden aportar un material interesante. Pero son muchos y se contradicen los unos con los otros. Dirijámonos a la obra misma. Allí están las respuestas"; recuerdo estas palabras al respecto, de nuestro Director Raúl Osorio. Fue un consejo que seguí y que por lo demás es la manera como creo se ingresa al universo de un autor, de un hombre. Por su obra. Leí una y otra vez el texto, desde traducciones hechas por diversos autores; lo hice con mucho cuidado, tratando lógicamente de comprender bien la trama, lo que esta sucediendo, a veces por largo rato diluci dando los juegos y caprichos intelectuales de nuestro amigo Hamlet. Pero lo más importante de estas primeras lecturas sería el permitir el flujo de las imágenes que todo texto bien escrito nos aporta, las resonancias internas que las situaciones nos producen, el comenzar a sentir las profundas contradicciones humanas que animan a cada personaje.

"Hamlet, Príncipe de Dinamarca" es una tragedia y poco a poco empecé a comprender esto. Estaba ante una gran obra que me hacía recordar nuestra a veces olvidada condición humana. Pero el consejo del Director, lejos de solucionar mis inquietudes, me producía un sinnúmero de otras: ¿cómo abordaríamos nosotros, hoy, este texto que presenta una problemática tan amplia? ¿Cómo se resolverían escénicamente la gran diversidad de espacios donde acontecen los trágicos hechos? ¿Cómo tomarían mis otros compañeros sus personajes y especialmente Héctor Noguera el de Hamlet?

Volví en ese Marzo con inquietudes y ganas de trabajar. Empezaban los ensayos y para sorpresa de todos, después de la tradicional primera lectura, se nos anunció que subiríamos al escenario desde los primeros ensayos. Las

escenas se discutirían sobre la marcha, acordando al máximo el trabajo de mesa anterior a la puesta en escena.

Lo más claro que tenía de Horacio, mi personaje, era que en la obra dice: "Horacio, amigo de Hamlet". Al leer esta me pude dar cuenta de que en realidad era su amigo. Amigo de Hamlet. Entonces comencé a fijarme en Hamlet. Por lo demás esto es obviamente más fácil, porque, si observamos el texto, el príncipe está en la mayoría de las páginas. Tenía, al comenzar los ensayos, ideas más claras respecto a Hamlet e incluso de los otros personajes que del mío propio... amigo de Hamlet.

Subir al escenario fue bajar los pies a la tierra. Como siempre nos sucede, allí no nos sirven las "ideas" que tengamos sobre la obra ni toda clase de especulaciones con que hayamos llenado nuestra imaginación, en la lectura íntima o con los compañeros. Surgieron en mí, como es natural ante las situaciones de peligro, toda clase de mecanismos de defensa. Está comprobado que a nadie le gusta hacer el ridículo y menos arriba de un escenario, por lo tanto eché mano a lo primero que pude. Ya sabía que Horacio, por lo que decía y como lo decía, y siendo el amigo del príncipe, debía ser un hombre sereno, inteligente, noble, un hombre que piensa antes de hablar... Traté de verter todo esto junto en la primera escena de la obra en la que además unos soldados le anuncian la aparición del fantasma del padre de Hamlet de un momento a otro y están esperando para que Horacio le interrogue...

Me sentí seguro, traté de caminar con firmeza como el personaje exigía, hablé alto y todo lo fuerte que podía y no quedé frustrado porque puse en ello toda mi energía. Pasa-

ron así varios ensayos hasta que el Director me llamó. No fue una larga conversación ni mucho menos. Quizás tres o cuatro frases, eso fue lo que yo tomé; estuvimos de acuerdo en que es un intelectual, un filósofo, que está observando los sangrientos sucesos. Algo me llamó la atención aunque no alcanzaba entonces a darme cuenta de lo que implicaba: "Es un personaje que está al servicio de los demás". (Más adelante supe que también de sí mismo). No se deja llevar por sus pasiones, respeta a las demás personas como tales, es humilde, quizás viva bajo el amparo de alguien adinerado como se acostumbraba en la época. Puede hacer suyo el dolor de los demás y por eso se queda en la corte. No es intencionado, no está tratando de convencer a nadie con sus palabras. Es objetivo. Dada su gran actividad interior es exteriormente calmado, gráficamente es una línea vertical. No está frío ante los hechos, muy por lo contrario.

En esa oportunidad pude reconocer y asumir mi confusión. Comunicé al Director mi sentimiento de que el personaje era multifacético; este estuvo de acuerdo y me respondió "con una cara que mantiene..." No hablamos mucho más acerca del personaje después de esa oportunidad.

Luego de esa sesión comenzó una nueva etapa de verdadero trabajo, de trabajo de creación. Ahora me doy cuenta que había comprendido algo fundamental: Horacio es una persona.

El trabajo práctico de puesta en escena siguió aceleradamente en intensas sesiones de trabajo. La cantidad de actores era grande y tantas las nuevas ideas que me llegaban respecto a la obra, así como las indicaciones específicas dadas por el Director, que opté por llevar un cuaderno de ensayo. Lápiz en mano fui

anotando las correcciones que consideraba importantes para así poder meditarlas luego para el próximo ensayo. Dada la extensión de la obra, la cantidad de personajes y la complicación propia de las situaciones, conjugado todo con los días que pasaban, el Director no podía dedicar mucho tiempo a cada actor. Intuyendo este factor, me propuse asimilar lo antes posible las indicaciones tratando que no se me dijera nada dos veces, valiéndome para esto del método ya expuesto.

Deseaba verme liberado de las ataduras del comienzo con prontitud, de esos mecanismos de defensa que impiden lo creativo... Me incentivaba para esto la relación Horacio-Hamlet que empezaba a nacer. No me quedaba más que conocer a Horacio. Sabiendo quién era podría mostrarlo y colaborar en forma concreta con mis compañeros, con el Director y con mí mismo.

Mis lecturas de la obra continuaron para ir descubriendo cada vez algo nuevo. Un día, sentado en mi escritorio, me llamaron la atención profundamente ciertas palabras que Hamlet dice a Horacio (en la 2a. escena del acto III) y que cito al comienzo... Empezaba a darme cuenta de mi personaje y por boca nada menos de quien tenía más cercano, Hamlet. Copié las palabras en una hoja de papel y la puse en un lugar visible de mi pieza; leí este trozo una y otra vez y lo seguí haciendo a lo largo de todo el montaje.

Estas nuevas sensaciones fueron generadoras de la necesidad de saber más y asumí el trabajo por mi cuenta. Una serie de trabajos escritos iban a satisfacer esta necesidad. Me propuse hacerlos desde lo general hacia lo particular. El primero de ellos consistió en

una especie de resumen de la obra, un resumen argumental, que me aclararía exactamente la trama. Fue el más largo y me exigió una lectura muy atenta para no permitir que no se me escaparan detalles. Se podría llamar "¿Qué sucede en la obra?" Fui agregando al margen de las páginas citas textuales de la obra que a mi juicio reflejaran lo que estaba pasando. Por ejemplo: "¡Hay algo podrido en el reino de Dinamarca!" (Marcelo, escena 4a. acto I) O "El drama es el lazo en que cogeré la conciencia del Rey" (Hamlet, final del acto II).

El segundo de ellos contemplaba ya a mi personaje. Nuevamente se trataba de un resumen de la trama, pero esta vez tomando como protagonista a Horacio; incluía desde la amistad que lo unía a Hamlet en la Universidad de Wittenberg, donde eran condicípulos, hasta la trágica muerte de este último. Lo titulé: ¿Qué le sucede al personaje en la obra?

En este punto, y mientras los ensayos seguían su curso, teniendo ya una gran cantidad de datos concretos sobre la obra, surgió como algo natural la siguiente pregunta: ¿Qué pasa conmigo?; si quiero a Horacio, (sentía cariño y respeto por él) y dentro de muy poco "sería" Horacio, ¿cómo puedo comprender su alta calidad moral e intelectual? Supe que no podría formar nada de esto, que no lograría comprenderlo sino por el trabajo. No me bastó, aunque me ayudó para clarificar las situaciones escénicas, dividir el texto en unidades y objetivos tal como aprendemos del maestro Stanislavsky... "Horacio, amigo de Hamlet..." debía aprender algo acerca del amor.

Por medio de un conocido estudio acerca de la naturaleza del amor supe que los elementos básicos de una relación amorosa son el

cuidado, la responsabilidad, el respeto, y el conocimiento. Puse en práctica estos principios en escena. Las cosas se tornaron más fáciles. Estuve vinculado con lo que le pasaba no solo a Hamlet sino que a las demás personas; llegué a sentir comprensión por la desdichada pareja real... Pude ver los acontecimientos desde otro punto de vista, más simple, el de un hombre. También sentí dolor. Y me reí del desdichado Polonio. Tuve con mayor frecuencia la experiencia de la unión.

Consideré valioso construir mi personaje en relación a lo que eran o no eran los otros. Un tercer trabajo consistió en un corto estudio de los temperamentos; quizás no sirva de nada decir que Hamlet posee un temperamento melancólico mientras que Horacio un temperamento bilioso. Pero será de gran utilidad si los comparamos y encontramos aquí una complementación. La audición repetida de la obra "Los Cuatro Temperamentos" de Paul Hindemith fue muy aclaratoria al respecto. Antes de los ensayos solía escuchar esta pieza musical; el estado de ánimo que me provocaba podía después evocar en el ensayo al recordar algunos compases. Como mi personaje necesitaba de cierto peso físico del que carezco, mientras escuchaba amarraba dos pesas en mis pantorrillas y caminaba por la pieza con el objeto de tener la experiencia de sentir unos años más. Este consejo, dado por un actor-maestro me fue de inmensa utilidad.

"¿Cómo ve el actor al personaje?" fue lo próximo. Aquí ya estaba particularizando cada vez más. Escribí lo que yo pensaba del personaje en diferentes aspectos. Traté de definirlo siempre comparándolo con otros personajes y específicamente con Hamlet. Revisando mis apuntes noto que puse especial hincapié en su serenidad, contrastada con la "locura"

del príncipe, en su tendencia a lo analítico, a lo concreto, opuesta a la tendencia a lo abstracto de Hamlet.

La quinta y última etapa reviste algo muy especial, quizás mágico... "¿Cómo se ve el personaje a sí mismo?" implica un YO SOY, una aceptación... y ya es difícil escribir... Hamlet está en una gran dificultad.

Como la obra es tan extensa y como es tanto lo que pasa (estaba largos ratos fuera de escena y al volver habían ocurrido terribles sucesos), para poder mantener la continuidad en mi accionar confeccioné un cuadro que llamé: "Hechos y Acontecimientos"; enumeré por actos lo que iba sucediendo y diferencié, por medio de colores, lo que ocurría estando yo en escena y lo que ocurría estando fuera y que yo me enteraba por terceros. Todos sabemos que es muy importante para el actor saber de donde viene y de que viene; este esquema me ayudó a tenerlo muy claro.

No he mencionado hasta el momento la especial experiencia que tuve con una de las herramientas básicas del actor: la voz. Generalmente no le damos la importancia debida y creo que es un elemento verdaderamente útil para la construcción de un personaje; un personaje se puede aprehender comenzando por diferentes aspectos del mismo: su cuerpo, su psicología, su comportamiento, ¿qué sucede con la voz? Creo que es uno de los medios menos aprovechados; una voz nos remite a la imagen del total. Me limitaré a decir que ya que precisamente el montaje no puso énfasis en la palabra sino en otros elementos teatrales, debí desarrollar especialmente la técnica vocal para poder tener un mejor dominio de este delicado instrumento que es la voz. Contamos con la seria ayuda de la profesora

sora señora Claudia Berger, quién trabajó con nosotros en el montaje. Además de la técnica de impostación propiamente tal, trabajamos cada texto en particular, tratando de destruir los vicios comunes que dificultan la audición, y haciendo un estudio de ritmos y entonaciones.

El estreno como siempre llegó pronto. Mirando ahora con cierta distancia creo que si alguna libertad tuve para estar sobre el escenario se debió a la confianza puesta en el Director y en el equipo y por estar confiando en mí mismo. La confianza en sí mismo es fundamental para el actor; debemos aprender a ganarla. También creo que no hay "recetas" porque cada nuevo montaje exigirá una nueva forma de trabajar y cada actor debe encontrar su propia manera. La técnica bien usada puede llegar a ser valiosa si la podemos olvidar. Quizás la tarea debiera ser aprender para olvidar.

La escena final llegó súbitamente,

"Horacio, ¡qué nombre más execrado dejaría tras de mí si estos sucesos permanecieran ignorados; Si alguna vez me amaste, retrasa un poco esa felicidad que buscas y sigue viviendo en este mundo de dolor para contar mi historia..."

(Hamlet, escena 2a, acto V)

-----oOo-----